

La Fragua de los tiempos abril 9 del 2006 No. 683

Los tiempos fotográficos de Pancho Villa.

Aunque para este tema solo habíamos programado dos números de La Fragua, finalmente decidimos elaborar otro, con el fin de compartir con los lectores algo más de aquellos momentos en que los revolucionarios del norte y del sur se juntaron momentáneamente en la mera capital de la república y también con el fin de presentar la otra foto de la silla presidencial junto con uno de los corridos más emotivos y de mayor actualidad de cuantos hemos escuchado.

Si se nos preguntara cuáles son las fotos de la revolución que más nos impresionan, seguramente escogeríamos la de la silla presidencial y la que muestra a los principales jefes de la revolución en el momento de hacer su entrada triunfal por las calles del centro de la ciudad de México.

En estas dos fotos quedó registrado el momento fugaz del pueblo en el poder, el punto más alto al que pudo llegar la revolución de los campesinos y los trabajadores mexicanos. En los meses siguientes se inició la debacle, la caída que arrastró a la muerte a miles de hombres idealistas y años después a los dos grandes dirigentes de esta revolución: Zapata y Villa. Después, cuando el campo había quedado libre, cuando las cosas volvieron a la “normalidad” se acomodaron los oportunistas, los políticos que en nombre de aquella revolución construyeron el nuevo gobierno más corrupto y más antidemocrático que el de Porfirio Díaz.

Cuando se tomaron estas dos fotografías en la ciudad de México todo era fiesta y celebraciones; nunca antes y desgraciadamente nunca después, el pueblo, la raza, los de abajo estuvieron tan cerca del poder. Nunca antes y desgraciadamente nunca después la capital y la mayor parte del territorio nacional estuvieron bajo el control popular representado en dos líderes genuinos que no andaban peleando por la ambición del poder.

Estas dos fotografías miradas al mismo tiempo y de cerca nos hablan, nos gritan para decirnos que los mexicanos tenemos la fortuna de contar con grandes héroes patriotas que dieron su vida por ideales de justicia y de igualdad y que por eso siguen vivos en la memoria de todos los pueblos y de todos los mexicanos. Pero sobre todas las cosas estas dos fotos nos dicen el porque los nombres de Francisco Villa y de Emiliano Zapata siguen siendo las grandes banderas que los oprimidos levantan contra la injusticia y contra la desigualdad social.

Son estas dos imágenes y lo que representan, como una música suave y esperanzadora que irrumpe entre todo este ruido y entre toda la estridencia que andan armando los políticos, los merolicos, los vendedores de promesas que ya no encuentran de donde sacar más baratijas para convencer a los mexicanos de que les regalen su voto a cambio de nada, a cambio de las mismas ilusiones sexenales que un día se escucharon en los labios de un Salinas, de un Cedillo y después de un Fox.

La entrevista de Villa y Zapata en la capital.

El 28 de noviembre de 1914 empezaron a llegar las fuerzas revolucionarias que ocuparon la ciudad de México, los primeros que entraron fueron los zapatistas, los villistas se quedaron en la orilla de la ciudad para no causar ninguna contrariedad pues se había generado una especie de competencia por llegar primero, incluso entre los mismos generales villistas se dio el caso de que Tomás Urbina estuvo a punto de provocar un enfrentamiento porque él estaba empeñado en que sus fuerzas deberían entrar antes que las del general Ángeles. Solo por la cordura y la inteligencia de este se evitó tal enfrentamiento.

El 4 de diciembre, en Xochimilco, tuvo lugar el encuentro entre el general Villa y Zapata. No obstante que aquellos dos personajes habían estado en la revolución desde noviembre de 1910,

hasta ese momento nunca habían estado juntos, no se conocían. Por esa razón y por el significado que tenía aquella reunión surgieron muchas expectativas y alguno esperaban que de allí iban a surgir grandes acuerdos.

Hay muchas versiones de esta entrevista y entre estas versiones algunas contradicciones. Nosotros consideramos que las fuentes más confiables están el testimonio del general Luis Aguirre Benavides, autor del libro *“De Francisco I: Madero a Francisco Villa”*; el libro *“Francisco Villa”*, del general Federico Cervantes quien se remitió a la versión taquigráfica que hizo el Secretario particular del General Roque González Garza y por último, el libro del doctor Katz, *“Francisco Villa”*, donde se transcribe parte de la reseña que elaboró el representante del gobierno de los Estados Unidos, León Canova, quien estuvo presente en aquella reunión memorable.

Canova describió así la forma en que iban vestidos Zapata y Villa:

“(…) El general Villa alto, robusto, con unos noventa kilos de peso, tez casi tan roja como la de un alemán, tocado con un casco inglés, un grueso suéter café, pantalones color caqui, polainas y gruesos zapatos de montar.

Zapata, a su izquierda, con un inmenso sombrero que por momentos daba sombra a sus ojos de modo que no era posible distinguirlos, piel oscura, rostro delgado, mucho más bajo que Villa y con unos sesenta y cinco kilos de peso. Llevaba un saco negro, una gran pañoleta de seda azul claro anudada al cuello, una camisa de intenso color turquesa y usaba alternativamente un pañuelo blanco con ribetes verdes y otro con todos los colores de las flores. Vestía pantalones de charro negros muy ajustados, con botones de plata en la costura exterior de cada pierna. Villa no llevaba ningún tipo de joya, ni color alguno en sus prendas.”

Por su parte, Luis Aguirre Benavides en su libro *de Francisco I Madero a Francisco Villa* escribió lo siguiente:

“A fines de noviembre de 1914 llegamos en nuestros trenes a los alrededores de la ciudad de México, que ya habían ocupado las tropas zapatistas, las cuales contra lo que se esperaba, se portaron bastante bien y dieron garantías a los vecinos de la capital.

Antes de entrar a la capital al frente de las fuerzas de la Convención, el general Villa fue a visitar a Zapata a Xochimilco, acompañado de los oficiales de su Estado Mayor entre los que tuve el honor de encontrarme, y de unos ciento cincuenta Dorados.

Fuimos recibidos por el general Otilio Montaña, aunque momentos después apareció en automóvil el propio Zapata; al auto de éste, lo seguían otros dos con jefes surianos. Los generales zapatistas Alfredo Serratos y Otilio Montaña presentaron a los dos caudillos, el del norte y el del sur; todo esto ocurría en la calle de Juárez.

Ya reunidos pasaron a la casa que en la 4ª calle de Hidalgo tenía don Manuel Fuentes, quien prestó su residencia para la histórica entrevista, que se llevó a cabo en torno de una rústica mesa en el segundo piso.

Villa principió expresando el gusto que sentía al encontrarse al lado de los principales jefes zapatistas, cuyos ideales secundaba, puesto que todas “vamos a tratar sobre la suerte de México”. Serratos lo interrumpió diciendo “en las manos de usted está”, a lo que Villa replicó: “la guerra la hacemos nosotros los pobres, a quienes se nos deja ir solos para que después vengan los ‘de gabinete’ a tomar su chocolate; es una desventaja que en nuestro país los elementos más conscientes sean los más corrompidos”.

El general Zapata, que vestía impecable traje de charro, hablaba en voz baja, pero vivamente emocionado. Todos guardaban silencio. La voz sencilla y clara del guerrillero fronterizo se hacía oír en toda la sala, a veces seria y en ocasiones alegre; de cuando en

cuando dejaba escapar algunas frases de franca sátira, ya contra los carrancistas, ya contra los científicos, pues decía: “mi ilusión es que se repartan las tierritas de los ricos. ¡Dios me perdone! ¿No habrá aquí algún rico que me oiga?” Los presentes rieron de la ocurrencia a la que Zapata contestó: “ya verán ellos como sí se pueden repartir las tierras, pues ya hay desde luego algunas que los peones están trabajando muy bien”.

Siguió la charla en medio de la tensión de todos; “nuestro pueblo, –decía Villa–, nunca ha tenido justicia, es necesario que se la den. Los carrancistas han vivido en camas blanditas, ¿cómo van a comprender nuestros sufrimientos? Que se vayan componiendo estas gentes porque después les va a ir muy mal: una tiranía tonta es lo peor en un país”.

Zapata interesadísimo, comentó: “así como va a ver igualdad”. Y añadió el del norte: “Si por algo llegaron a México, fue por los sufrimientos de los nuestros, nosotros fuimos los que más peleamos en batallas tan grandes como las de Torreón y Zacatecas, ellos siempre en partidas pequeñas y huyendo”.

Posteriormente, Zapata, Villa y Palafox, pasaron a conferenciar solos en un cuarto inmediato, de la cual resultó una alianza formal entre la División del Norte y el Ejército Libertador del Sur; aceptó Villa el Plan de Ayala con excepción de los ataques a Madero, así como el compromiso de procurar a Zapata elementos de guerra, y juntos aceptaron el compromiso solemne de llevar a la presidencia de la república a un civil identificado con la Revolución.

La comida se realizó en la misma casa; en las mesas se sentaron unos cincuenta jefes. Al terminar el convivio hablaron Mauro Quintero, Paulino Martínez, Roque González Garza y por último el general Villa.

Federico Cervantes, en su libro Francisco Villa recogió las palabras de Paulino Martínez, uno de los hombres más reconocidos entre los intelectuales del zapatismo y a quien se le atribuyen buena parte de las ideas del Plan de Ayala y también transcribió el discurso del general Villa.

Esto fue lo que expresó allí Paulino Martínez:

“Señores: esta fecha debe quedar burilada con letras de diamante en nuestra historia, porque en mi humilde concepto este es el primer día del primer año de la redención del pueblo mexicano. Es la aurora de su felicidad, porque dos hombres puros, dos hombres sinceros, que no tienen doblez ninguno, que han nacido del pueblo, que sienten sus dolores y que solo luchan por ver feliz a ese pueblo humilde, en este día como he dicho comienza la redención del pueblo, porque ellos sabrán cumplir con lo que han prometido en sus respectivos programas, en sus respectivos planes.

El Plan de Ayala como vosotros lo sabéis, no quiere más que tierras y libertad para el pueblo; y el pacto de Torreón que obliga al señor Carranza ser un hombre puro, este se negó a firmarlo porque prometía libertad.

Debemos regocijarnos todos porque nuestros sacrificios, porque todos los revolucionarios que desde hace cuatro años han abandonado a sus esposas, han abandonado a sus hijos, se sienten también regocijados porque saben que estos sacrificios no quedarán burlados.

Señores digamos una vez mas que viva el General Zapata y que viva el General Villa, los hombres abnegados que llevarán a la república al pináculo de la grandeza.”

Por su parte el general Francisco Villa dijo lo siguiente al comenzar su discurso: “Compañeros van ustedes a oír la palabra de un hombre inculto, pero los sentimientos que abriga mi corazón me dictan que ustedes sigan estas palabras que solo se van a relacionar con asuntos de la patria. Es lo que abrigo en mi corazón.

“Hace mucho tiempo que estamos en la esclavitud por la tiranía. Soy hijo del pueblo humilde, y a ese pueblo que representamos nosotros, a ver si lo encarrilamos a la felicidad.

Vivan ustedes seguros de que Francisco Villa no traicionará jamás a ese pueblo que han tenido en la esclavitud. Yo soy el primero en decir que para mí no quiero ningún puesto público, sino nomás la felicidad de mi patria, para que todos los mexicanos conscientes no se avergüencen de nosotros.

Respecto a todos esos terratenientes, estoy propuesto a secundar las ideas del Plan de Ayala, para que se recojan esas tierras y quede el pueblo posesionado de ellas. El pueblo que por tanto tiempo ha estado dando su trabajo sin más preocupaciones a esos terratenientes que nos tienen en la esclavitud. Yo, como hombre del pueblo, ofrezco de una manera sincera que jamás traicionaré, que nunca traicionaremos su voluntad para que el pueblo no sufra.

Cuando yo mire los destinos de mi país bien, seré el primero en retirarme, para que se vea que somos honrados, que hemos trabajado como hombres de veras del pueblo, que somos hombres de principios.”

Así, dos días después, el 6 de diciembre de 1914, en ese ambiente de triunfo y de confianza absoluta hacia los dos grandes líderes, desfilaron aproximadamente cincuenta mil revolucionarios por las calles de la capital.

LA SILLA PRESIDENCIAL

(Corrido popular)

Autor: Víctor Cordero

La silla presidencial
color de oro y víbora
y el rojo de terciopelo
que es la sangre del pueblo.

La silla presidencial
está rodeada de envidias
color de sangre y de víboras
junto al poder nacional.

El Gral. Pancho Villa
en ella se sentaría
porque valor le escurría
brillando su águila real.

Y sentó sobre ella
teniendo a un lado a Zapata
peleando la causa agrario
de nuestra revolución.

Cuando brilló en la bandera
la sangre roja del pueblo
Fco. Villa que fuera
el más feroz guerrillero

de don Fco. I. Madero.

Villa le dijo a la intriga
a la traición, y a la envidia
si pa' quedarse sentado en esta blandita silla
hay que olvidarse de aquellos
que son humildes del pueblo
y nos esperan parados.

Yo no me duermo sentado
con la ambición de hacer mía
la Patria que se deriva
de todos los mexicanos,
prefiero mejor la silla,
la silla de mi caballo.

Por eso lo asesinaron
en esa forma cobarde
porque era un buen mexicano
y al pueblo le dio su sangre.

La silla presidencial
que representa al gobierno
la deberán ocupar
los elegidos del pueblo.